

“El uno es otro”, de Elizabeth Badinter

Sylvia Navarrete

Para cuándo se verán los primeros hombres embarazados? Fuera de esta pregunta no tan descabellada como la podrán juzgar algunos, y cuyos fundamentos resultan ser muy plausibles en estas épocas de inseminación artificial y de embarazos “in vitro”. El último libro de Elizabeth Badinter examina sin complacencia las nuevas reglas del juego amoroso y de la vida en sociedad, a través de un análisis circunspecto de la evolución de las relaciones entre hombres y mujeres.

¿Qué es lo que queda de la pasión sin obstáculos? ¿Del deseo sin misterio? ¿Qué es de la pareja cuando ésta no reposa más en la diferencia? Tales son las interrogaciones que propone “El uno es otro” (Ediciones Odile Jacob, París), el último ensayo de una emérita historiadora de la intimidad que abordaba y desmitificaba en sus dos primeras publicaciones el amor materno y la ambición femenina, y que descubre hoy nuestras más desencantadas verdades e irrisorias ilusiones.

El punto de partida de su reflexión destaca uno de los aspectos más patentes de nuestra modernidad: “al trastornar la emancipación de la mujer el orden establecido, nos hemos encaminado hacia un nuevo modelo” advierte Elizabeth Badinter. Sin embargo, es el enfocar su

análisis en el proceso de identificación absoluta entre ambos sexos el que imprime a su investigación un aliento novedoso y particularmente cautivante.

“La pasión está en vía de extinción, al igual que el vértigo sensual”, declara la autora. Ahora bien, se conoce que el deseo se nutre de su propia imposibilidad: los apremios, los obstáculos, las interdicciones son las condiciones de la pasión. No obstante, nuestra ética analgésica nos ha enseñado a esquivar los riesgos de sufrimiento: ya no queremos ser víctimas. Lejos están los tiempos en que Romeo y Julieta se suicidaban para escapar a la ley de sus padres, o Fedra para castigarse por haber experimentado sentimientos contrarios a la humanidad.

“La *permisividad* actual le quita a la pasión su motor más potente”, aclara Elizabeth Badinter. En efecto, al desecralizar el deseo, se le despoja de su fuerza y de su sustancia. Las confidencias suelen hacerse frente a las cámaras de televisión, la fidelidad se ha vuelto sucesiva y el concepto de casamiento una quimera; la mujer dejó de ser inaccesible y no exige ya más de su amante un largo trayecto iniciático antes de abandonarse. Los eventos se suceden mucho más rápido que antaño: las etapas se queman, las fases intermedias son telescopiadas. Por lo tanto, el deseo se desagrega en su realización inmediata.

“Nos sumimos en seguida en una intimidad muy grande y en lazos muy fuertes. Sin embargo, no hemos tenido tiempo de descubrirnos. Hemos cortocircuitado todo el período de espera, de búsqueda en el que uno sueña con el otro y espera sus miradas. Al cabo de tres días, ya nos habíamos convertido en una pareja vieja”, testimonia Sylvie, una muchacha entrevistada por la autora. Al no aplazar el momento de la satisfacción erótica, al erradicar el deseo, la meta de la unión ha cambiado de naturaleza.

La conquista sexual ya no es la apoteosis de nuestras relaciones amorosas. La percepción de lo sentimental ha tomado el paso sobre la sexualidad. Los factores se han invertido. Hoy nos apresuramos

en depositar las armas para comprobar nuestra complicidad: la transparencia es lo que guía nuestras relaciones amorosas. Es al callarse la pasión cuando puede nacer el verdadero amor, que no sólo es deseo de posesión y de sumisión, puesto que el intercambio amoroso que buscamos es el que se inspira más del modelo de la amistad que de la pasión.

A los desgarramientos, a la extrañeza y a la desconfianza preferimos la serenidad, la transparencia y la confianza. La falta de reciprocidad, que no constituía antaño un impedimento mayor a la vida común, se ha tornado el primer factor de discrepancia: ya no nos conformamos con un amor no compartido. ¿Acaso no se habla más, hoy en día, de “compañeros” que de amantes y de cónyuges?

“Paradoja aparente: los amantes son hermanos”, declara Badinter. En la reunión fraterna, quien nos ama es aquel con el que uno puede demostrar debilidad sin provocar la fuerza. Empero, buscamos la transparencia, el cariño y la complicidad perfecta de la simbiosis materna, sin por ello aceptar las limitaciones de la dependencia.

“Asimismo, consideramos nuestra libertad como la condición mayor a nuestra relación fusional”, prosigue la autora. Y si nos casamos, ya no es con el amante sino con el amigo privilegiado. Siendo la cohabitación el modo banalizado de vivir en pareja, la institución del matrimonio resulta privada de su significado y, por ende, inútil. Así, el amor aspira a ser intenso sin ser pasional, y la relación apacible y no bélica.

“La unión de los corazones se nutre de la transparencia propia a la amistad”, concluye Elizabeth Badinter. “Contrariamente a lo que solíamos creer, la amistad no es incompatible con el erotismo. Es incluso este sentimiento el que le otorga una oportunidad de perdurar en la dulzura del cariño”. El debate está abierto: las mutaciones que presentíamos quedan claramente formuladas en las páginas de aquel brillante estudio que se empeña en convencernos de que “el uno es otro”. Se acabaron las pasiones contrariadas: los amantes se pretenden hermanos e iguales frente al futuro. ¿Frágil esbozo sin trascendencia? Contemos, pues, al igual que Elizabeth Badinter, con las virtudes del cariño y la autoridad del corazón. . .

